



Othón Baños Ramírez

“Reinterpretaciones de la historia yucateca”

p. 321-331

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html>

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

REINTERPRETACIONES DE LA HISTORIA YUCATECA¹

OTHÓN BAÑOS RAMÍREZ
Unidad de Ciencias Sociales
Centro de Investigaciones Regionales “Dr. Hideyo Noguchi”
Universidad Autónoma de Yucatán

Pese a que la historiografía yucateca es una de las más amplias y variadas dentro del contexto del sureste, es poco conocida en el resto del país.² Esta rica tradición adquiere notoriedad durante el siglo XIX, gracias a las obras de Justo Sierra O'Reilly, Serapio Baqueiro, Eligio Ancona, Juan Francisco Molina y muchos otros. Tal marginalidad, en el debate nacional, encuentra explicación quizá en la lejanía de la zona y en su reputación exagerada de regionalista y separatista.

En la presente centuria, atraídos por glorias pasadas de la civilización maya, por la guerra de castas, por el auge del henequén, por el socialismo criollo de Carrillo Puerto y por otros muchos eventos, los historiadores y antropólogos han producido un número considerable de estudios, que han llegado a tener notable significación dentro del paradigma del conocimiento latinoamericano. Tal es el caso de la obra de Robert Redfield y sus colaboradores. En su libro intitulado *The Folk Culture of Yucatan*, Redfield se esfuerza por mostrar la coexistencia y coalescencia de rasgos culturales heterogéneos: indígenas y españoles. No viene aquí al caso entrar en detalles acerca de su idea del *continuum* cultural *folk-urbano*. Según Guillermo de la Peña, el valor del esquema de Redfield reside sobre todo en que pudo generar un enorme volumen de investigación social que trascendía el ámbito comunitario y mostraba una lógica en los procesos de cambio y las relaciones entre las comunidades (De la Peña, 1991:136).

Más tarde, al colocarse los estudios regionales en el primer plano de la investigación sobre historia de México, a finales de la década de los sesenta, pronto aparecieron sobresalientes aportaciones de Yucatán. Ya sea para pre-

¹ Agradezco los valiosos comentarios que formulara Melchor Campos García a una versión temprana de este trabajo.

² Al menos esa impresión queda al revisar algunos ensayos sobre la historiografía regional mexicana. Pedro Pérez Herrero, *Región e historia en México (1700-1850)*, México, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, 1991; Horacio Crespo et al., *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.

sentar la experiencia yucateca como un caso limitativo de un problema mayor, ya sea como un componente dinámico de una entidad macro, la nueva historiografía regional ha venido iluminando discusiones más amplias sobre la historia política de México.

Insatisfechos con las generalizaciones previas, forjadas desde el centro, particularmente acerca de los fenómenos socioeconómicos, muchos jóvenes historiadores han buscado ponerlas a prueba en el nivel local. Muchos yucatecólogos, dice Joseph, se subieron a la ola denominada por algunos como una “revolución historiográfica”, un cambio en los enfoques históricos que iría desde la superestructura institucional hacia el nivel de regiones, comunidades y hasta grupos de presión local (Joseph, 1987:13).

El auge actual de la “nueva historiografía” yucateca que comenzó a mediados de la década de los setenta vino acompañado de un mejoramiento en los archivos y bibliotecas, del esfuerzo de las instituciones académicas y, sobre todo, del entrenamiento profesional (Joseph, 1987:11). Si bien varias investigaciones “foráneas” han seguido de cerca la vanguardia (Joseph, 1986), la “nueva historia regional” se tomó un tiempo relativo en llegar a Yucatán, para ponerla en práctica, sobre todo. El aislamiento tradicional de la península con el resto del país se extendió también al ámbito académico local.

¿Cómo ha sido estudiada esta región por los historiadores? Ésta es una pregunta muy pertinente, aunque muy compleja, y creo que todavía no tenemos una respuesta porque hace falta una investigación *ex profeso*. A “ojo de pájaro”, se puede decir que los eventos más estudiados son la guerra de castas, la Revolución y la reforma agraria cardenista. Más tarde, las investigaciones se centraron en los sujetos o clases sociales: campesinos, empresarios, clero y clase política (Baños, 1989; Ramírez, 1994; Menéndez, 1995; Sabido, 1995). Recientemente, se han añadido otros enfoques como la influencia de las ideas y otros temas como el de las elites y el papel de la Iglesia. En suma, la nueva historiografía regional ha iluminado discusiones más amplias sobre las rebeliones campesinas, la expansión agrícola capitalista, las comunidades campesinas, los sistemas de plantaciones de monocultivo y sus posibilidades de desarrollo regional, así como la movilización revolucionaria, la conformación de grupos de poder y estrategias de cambio social (Joseph, 1987:13).

¿Por qué se vuelve a los temas tradicionales? Por la propia naturaleza del proceso del conocimiento —no hay duda—: por la valoración de nuevas fuentes archivísticas, por el surgimiento de enfoques inéditos y por el influjo de la problemática del presente. Además, porque gran parte de la historiografía reciente sobre Yucatán parece apoyarse en la suposición básica de que una gran valoración heurística puede encontrarse en el estudio de “regiones excepcionales”. Por otra parte, Joseph, quien ha examinado con cierta profundidad dicha bibliografía, señala que los yucatecólogos han explorado más allá

de las fuentes usuales, de la prensa regional y de las colecciones de folletería raras. Entre otros, se han revisado registros parroquiales y archivos notariales; localizado títulos de propiedad, noticias de pleitos, censos agrarios y listas de impuestos, y recolectado ejemplos de tradición oral y escritos mayas, etcétera (Joseph, 1987:14).

Reinterpretaciones

No me resulta posible listar todos los trabajos publicados dentro de esta nueva perspectiva historiográfica regional, ni mucho menos colocarlos en un orden cronológico. Así, opté por seleccionar algunos de ellos que, me parece, ejemplifican la nueva interpretación de la historiografía yucateca.

La guerra de castas

Los historiadores criollos yucatecos más notables, como Eligio Ancona, Serapio Baqueiro y Juan Francisco Molina Solís, que en opinión de Melchor Campos siguen muy de cerca la vena abierta por Justo Sierra O'Reilly,³ argumentan en sus respectivas obras que el estallido de la guerra de 1847 se debió principalmente al etnocentrismo indígena y al bien conocido odio de los mayas hacia los extranjeros, alimentado por varios siglos de dominio europeo.

Justo Sierra O'Reilly, un contemporáneo de estos acontecimientos, notó la importancia de las leyes sobre tenencia de la tierra como factor que había provocado el levantamiento. Sin embargo, los historiadores pasaron por alto este factor y sostuvieron que la guerra fue en esencia nada más que la reanudación del viejo conflicto entre indígenas y blancos. En la década de los cuarenta, Howard F. Cline rescató del olvido la interpretación de Sierra e hizo de la problemática agraria el punto central de su interpretación de la guerra de castas (Patch, 1990:47-48).

Más tarde, en los setenta, aparecieron, en esa misma dirección, otros estudios, como los de Moisés González Navarro, Robert Patch, Victoria Bricker y Marie Lapointe. La exploración de nuevas fuentes, como el Archivo General del Estado y el Archivo Notarial del Estado, a las cuales no tuvieron acceso ni Cline ni los otros autores mencionados, permitieron a Robert Patch revisar críticamente la hipótesis de los historiadores que lo precedieron. Ese mismo autor concluye que la llamada guerra de castas fue el resultado de un proceso

³ A través de sus artículos en *El Fénix*. Comunicación personal, 2 de mayo de 1996.

dialéctico originado por la expansión agrícola comercial y la respuesta de los mayas libres. Precisa que una de sus causas principales fue el rápido cambio agrario impulsado por el gobierno después de la Independencia. La transformación de cuando menos 600 000 hectáreas de tierra en propiedad privada amenazó el modo de vida de la comunidad maya como nunca antes en tres siglos de conquista. Además, la disposición de armas fue otro factor importante. Durante la contienda política de 1840, por el hostigamiento del gobierno central, las facciones rivales, en su desesperación, comenzaron a armar a los indígenas para que sirvieran como soldados de sus ejércitos (Zuleta Miranda, 1995:27-33). Eventualmente, la distribución de armas fue tan grande y tan amplias las posibilidades de conseguir más a través de Belice, que el levantamiento tuvo la posibilidad de luchar en igualdad con el ejército (Patch, 1990:85).

El socialismo criollo

Uno de los primeros trabajos publicados desde esa perspectiva historiográfica apareció en 1977. Se trata de *El socialismo olvidado de Yucatán*, de Francisco Paoli Bolio y Enrique Montalvo. En esta obra se examina la aparición y el protagonismo histórico del Partido Socialista del Sureste, bajo el liderazgo indiscutible de Felipe Carrillo Puerto. Tal estudio contribuyó a entender el panorama político mexicano posrevolucionario. El PSSE, más que haber sido estudiado, había sido mitificado y su auténtica significación social se oscureció (Paoli y Montalvo: 7). Las categorías populista y popular fueron utilizadas como ejes de la interpretación de un proceso que, para los autores, es de formación y desarrollo de las clases sociales. Para ellos se trata de formas distintas asumidas por el Estado, los partidos y los movimientos e ideologías políticas dentro de una formación capitalista determinada, a propósito de distintas alianzas y oposiciones entre las clases y las fracciones de éstas. Por ejemplo, el Estado populista es aquel controlado por las oligarquías tradicionales más o menos encubiertas por ideologías liberales. El Estado popular, en cambio, se caracteriza por la presencia cada vez más sistemática de las acciones organizadas por el proletariado, su ideología y sus instrumentos políticos y sindicales (Paoli y Montalvo, 1977:24). Los autores llegan a la conclusión de que el PSSE fue un partido popular, así como el gobierno de Felipe Carrillo Puerto fue también un gobierno popular. Por cuestionar la ideología burguesa, por ir contra el *statu quo*, fueron muchas las actividades realizadas por el gobierno del PSSE que tenían fuerte sabor a subversión, no obstante encontrarse ya en el gobierno (Paoli y Montalvo, 1977:172).

La revolución y el nuevo Estado

En *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano*, Paoli se plantea elaborar una visión histórica de conjunto sobre la praxis política de Yucatán en el periodo 1915-1917, la cual, según él, contribuye de manera significativa a la conformación del Estado nacional. Es un esfuerzo bastante bien conducido por darles una dimensión analítica más amplia y objetiva a las experiencias políticas regionales en el complejo proceso de estructuración del nuevo aparato estatal mexicano, a partir del triunfo de la facción carrancista.

Según Paoli, para entender el actual Estado nacional posrevolucionario se requiere, en alguna medida, analizar sus orígenes y las fuerzas sociales que lo prefiguraron —y que persisten hasta hoy—, así como los modelos políticos e ideológicos que se entreveraron en la génesis estatal.

El planteamiento teórico que permite al autor superar el alcance de la profusa historiografía relativa al general Salvador Alvarado en Yucatán consiste en señalar que los aportes de la experiencia yucateca son señeros en el periodo de gestación del nuevo Estado. Por lo tanto, el interés central no es la biografía del general mencionado, sino la sociedad y el Estado yucatecos durante el periodo de gobierno preconstitucional. El mérito de esta obra no reside en la exploración de nuevas fuentes o archivos, sino en el análisis de hechos ampliamente documentados efectuado por el autor, como los cambios inducidos en la esfera económica, social, política y cultural por el gobernante en cuestión.

La estructura analítica de la obra está montada en dos grandes unidades de escrutinio: el hombre (culto y carismático) y sus ideas, por un lado, y la sociedad y sus condiciones, por otro. Para Paoli, la capacidad intelectual y política previamente adquirida por Alvarado en otro contexto lo dispensó de la obligación de hacer méritos para, en cambio, realizar transformaciones de amplias proporciones. Por otra parte, la capacidad de la economía estatal, basada en la producción de henequén, permitía generar una cantidad importante de recursos que fueron un pilar fundamental para ejercer la autonomía política sin limitaciones estrechas.

Otro enfoque de la revolución en Yucatán

La revolución desde fuera, de Gilbert M. Joseph, se inscribe dentro de la nueva tendencia de la historiografía de la Revolución mexicana, la cual ha incursionado en los procesos regionales y dejado de lado la idea de una revolución nacional, porque considera que este proceso fue más bien un mosaico de experiencias locales con trasfondo común, pero con orígenes muy diversos entre sí.

La obra de Joseph, desafortunadamente, tardó mucho tiempo —diez años— en ponerse al alcance del hispanoparlante, pues apareció originalmente publicada en inglés en 1982, dentro de la colección de Cambridge University Press, y posteriormente, en 1988, fue reeditada por la Duke University Press. La traducción al español estuvo a cargo de Eduardo L. Suárez.

No obstante, es un hecho que la Revolución sigue siendo uno de los temas más estudiados en la producción historiográfica de los últimos años. Incluso, a raíz de las diferentes interpretaciones dadas a conocer en las últimas décadas y las discusiones que éstas han suscitado, se ha renovado el interés por el México porfiriano y revolucionario, con objeto de iluminar la relación que guardan entre sí esos dos periodos históricos, en contra de las visiones oficialistas que planteaban una ruptura entre ambos regímenes.

El principal apoyo de las nuevas interpretaciones ha descansado, desde los años sesenta en adelante, en los estudios regionales, como el de Joseph, dedicados a analizar la estructura social, económica y política en forma acuciosa y con ello a darles un contenido más matizado a las grandes discusiones teóricas.

Un aspecto, sin duda sobresaliente, que se debe señalar es que la mencionada obra es fruto de una investigación muy bien documentada. El autor revisó la bibliografía más relevante sobre el tema, consultó por igual los más importantes centros documentales nacionales y locales, como el Archivo General de la Nación, el Archivo General del Estado y algunos repositorios privados estadounidenses, en especial el archivo de la International Harvester y la Plymouth Cordage Company, que eran los compradores más importantes de la fibra de henequén yucateca. De modo que, con esta documentación, Joseph consigue una mirada, desde dentro y desde afuera, de los intereses y contradicciones que alimentaron el proceso revolucionario en esta región del país.

Desde la perspectiva teórica el trabajo está guiado, me parece, por la pregunta: ¿por qué fracasa una revolución social ahí donde más se necesita? El argumento es que una revolución que no logra penetrar en las clases populares, limitada en sus alcances, desde afuera y desde arriba, no cala a profundidad o sencillamente se transforma en mito. Pero es cierto también que las revoluciones sociales en Latinoamérica no sólo han fracasado debido a las condiciones internas, sino a que Estados Unidos ha contribuido a ello de diversas maneras. En este caso, el autor muestra claramente que la revolución en Yucatán fracasó, como después ha ocurrido también con las revoluciones de Chile, Nicaragua y otros países latinoamericanos, a causa de la intervención imperialista estadounidense. Cuba ha sido una digna excepción de este “destino manifiesto”.

Para analizar los logros y fracasos de la revolución en Yucatán, el autor sigue dos grandes ejes de análisis: 1) el de las condiciones económicas y sociales de la región, fuertemente influidas por la monocultura del henequén, y

2) el de los intereses exteriores a la zona, sean del gobierno central o estado-unidenses.

Este contrapunteo entre los intereses locales, nacionales y extranacionales resulta útil para el lector porque permite comprender la verdadera dimensión del proceso. Como dice Alan Knight en su presentación de la obra “en *Revolución desde afuera*, el autor hace justicia al carácter distinto de Yucatán [...], pero no se refugia en la oscuridad ideográfica; el exotismo de la patria chica no le oculta lo que hay también de general o incluso universal en la historia de la península”.

Otros enfoques más recientes

Una veta más que ha dado pie a nuevas reinterpretaciones historiográficas son las doctrinas sociales, como por ejemplo el liberalismo. El hecho de que México estrenara su vida independiente a la luz del paradigma liberal marcó sin duda un horizonte hacia el cual se proyectó la energía social. Betancourt y Villarreal (1989), Güémez Pineda (1994), Zuleta Miranda (1995) y Campos García (1995), entre otros, revisan críticamente los diferentes movimientos y grupos políticos, para determinar el papel desempeñado por la clase política yucateca en el accidentado proceso de formación del Estado mexicano a partir del movimiento de independencia. Güémez, en su trabajo intitulado *Liberalismo en tierras del caminante. Yucatán, 1812-1840*, nos ofrece una caracterización de la política agraria yucateca. La disputa central se refirió al recurso fundamental: la tierra. Las formas de tenencia y su uso frecuentemente dividieron a la clase dominante. El autor demuestra y explica cómo cada fracción de la misma, dependiendo muchas veces de la coyuntura nacional (dominada por federalistas o centralistas), se instalaba en el poder y promulgaba leyes en favor de sus intereses, que más tarde eran modificadas o derogadas por el grupo de poder triunfante. Todos los miembros de esa clase, no obstante, tuvieron algo en común: una fe proverbial en la propiedad privada y un gran desprecio por las comunidades indígenas. La propiedad simbolizaba para ellos el progreso y los indios el atraso. Seguir las huellas de la propagación de las ideas liberales a través de las leyes agrarias permite al autor ligar los acontecimientos que afloran en el viejo continente con los de la Nueva España.

El texto proporciona una magnífica aproximación a la convulsa sociedad yucateca de principios del siglo XIX, así como al acomodo de las ideas a los intereses de los diferentes grupos de poder. Ciertamente, hubo de todo un poco: grupos proautonomistas, procentralistas, profederalistas y proseparatistas, entre otros.

En una coyuntura, como fue el movimiento de independencia, los yucatecos buscaron hacer algo para impulsar el desarrollo y, con tal fin, se

apoyaron en las ideas provenientes del viejo continente. Hacia dentro impulsaron la propiedad privada y hacia afuera, desde la ruptura con la metrópoli española, Yucatán inició una conflictiva relación con el resto de lo que había sido el territorio de Nueva España. La clase política yucateca intentó establecer una serie de acuerdos comerciales y administrativos que le garantizaran condiciones de excepción frente al resto de los estados de la república (Zuleta Miranda, 1995:23).

El reto de la historiografía regional en Yucatán

Quisiera referirme ahora a la historiografía que se produce en Yucatán. A partir de los primeros años setenta, comienzan a surgir algunos centros de investigación en el área de las ciencias sociales, tanto en la Universidad Autónoma de Yucatán, como en otras instituciones como el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Corresponde a este periodo el impulso a la descentralización llevado a cabo por el entonces presidente Luis Echeverría. Se puede decir que es esa época cuando en Yucatán se inicia un periodo de profesionalización de la investigación histórica, realizada antes por personas muy bien preparadas en otras disciplinas afines, pero desprovistas de conocimientos teóricos y metodológicos en materia de historia. Hubo en el decenio de los setenta cambios importantes: los historiadores se convencieron, como dice don Luis González, de que la historia no es aquella que se crea con base en ideas o simples deseos, sino la que se fundamenta en documentos (González, 1992:35).

No es casual que se haya registrado un auge de las investigaciones insertas en la dimensión regional. Como país, México está muy lejos de ser una entidad homogénea, reconocimiento que supone un reto no sólo para la historia sino también para las ciencias sociales, en especial para la investigación llevada a cabo en provincia. Estudiar las especificidades locales y, al mismo tiempo, contextualizarlas dentro del conjunto nacional, es en términos generales, en Yucatán, una tarea todavía en ciernes. Admitirlo implica el compromiso de caracterizar la diversidad⁴ para transformarla y así disminuir las iniquidades.

Es decir, los productos de la investigación regional están gravitando muy poco en el proceso educativo y menos aun en la toma de decisiones empresariales o gubernamentales. Por otra parte, el esfuerzo desplegado no ha logrado superar los grandes problemas teórico-metodológicos que rigurosamente enfrenta el enfoque regional, algunos de los cuales son la relación entre lo particular y lo general —es decir, los alcances o grados de generalización de las investigaciones—, la comprensión de los fenómenos socioculturales de nues-

⁴ A este respecto, cfr. Héctor Tejera Gaona, "La identidad cultural y el análisis regional", en *Nueva Antropología*, v. XII, n. 41, mar., 1992.

tro país, los vínculos entre lo estructural y lo coyuntural —entre continuidades y rupturas en los procesos sociales—, los procedimientos para distinguir unos y otros, los nexos entre lo homogéneo y lo diverso en las tendencias históricas y de desarrollo, etcétera.

Hace falta evaluar el camino recorrido: ¿nuestras investigaciones plantean hipótesis audaces, capaces de revelar alguna dimensión poco conocida, o simplemente estamos aplicando mecánicamente la teoría? Por ejemplo, ¿es cierto que subsiste una identidad maya entre los campesinos yucatecos?; si la hubiera, ¿es un factor de cohesión social entre las comunidades rurales?, ¿existe un verdadero movimiento campesino en Yucatán? Es difícil dar una respuesta rigurosa a tales preguntas si no hay una definición conceptual para saber si se le puede llamar así a la lucha que libran algunos grupos de trabajadores rurales. Es más, ¿son campesinos los que nosotros nominamos como tales? ¿Debería volverse a adoptar el eje teórico de las clases sociales que permitió clasificar la estructura agraria mexicana en los setenta? Nos planteamos este tipo de interrogantes en esa década, pero hoy parecen olvidadas y la investigación regional tiende a caer en una rutina, simplemente reproductora y poco imaginativa.

Respecto de la investigación historiográfica regional llevada a cabo en instituciones yucatecas, en términos generales, se podría decir que vive una suerte de esclerosis, por hallarse demasiado desfasada tanto en relación con los acontecimientos como con la discusión académica nacional e internacional.

Por supuesto, este rezago no es atribuible solamente a los investigadores, sino también a múltiples factores, entre los cuales destaca el apoyo institucional al trabajo de archivo y de campo, pues los hombres de cuello blanco quieren investigaciones buenas, baratas y de un día para otro. Lamentablemente este criterio que privilegia la cantidad y no la calidad prevalece a la hora de las evaluaciones, así que el estudioso que requiere en alto grado el esquema de estímulos se ve precisado a entregar resultados que podrían ser pulidos teóricamente o enriquecidos con una más amplia y profunda revisión documental. En rigor, no existen las condiciones ni objetivas ni subjetivas para romper las inercias del subdesarrollo y la marginación de las ciencias sociales en provincia.

BIBLIOGRAFÍA

- ANCONA, Eligio, *Historia de Yucatán*, 4 t., Mérida, Yucatán, Ediciones de la Universidad de Yucatán, 1978.
- BAÑOS RAMÍREZ, Othón, *Yucatán: ejidos sin campesinos*, Mérida, Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán, 1989.

- BAQUEIRO, Serapio, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán, desde el año de 1840 hasta 1864*, Mérida, Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán, 1990.
- BETANCOURT PÉREZ, Antonio, y José Luis Sierra Villarreal, *Yucatán: una historia compartida*, México, SEP-Instituto Mora, 1989.
- CAMPOS GARCÍA, Melchor, “La política yucateca en una etapa de crisis económica. Regionalismo, autonomía y separatismo, 1808-1835”, Tesis de maestría en historia, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1995.
- CLINE, Howard, “Regionalism and Society in Yucatan: ‘Pogresivism’ and the Origins of the Caste Ward 1825-1847”, Ph. D. Dissertation, Harvard University, 1947.
- CRESPO, Horacio *et al.*, *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, “La historiografía que nos rodea”, en Horacio Crespo y otros, *El historiador frente a la historia*, México, UNAM, 1992.
- GUÉMEZ PINEDA, Arturo, *Liberalismo en tierras del caminante: Yucatán 1812-1840*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán-Universidad Autónoma de Yucatán, 1994.
- JOSEPH, Gilbert M., *Rediscovering the Past at Mexico’s Periphery: Essays on the History of Modern Yucatan*, Tooscalusa, Alabama, Alabama University Press, 1986.
- _____, *De la guerra de castas a la lucha de clases. La historiografía del Yucatán moderno (c.1750-1940)*, Mérida, Yucatán, Diario del Sureste, 1987.
- _____, *Revolución desde fuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- MENÉNDEZ RODRÍGUEZ, Hernán, *Iglesia y poder. Proyectos sociales, alianzas políticas y económicas en Yucatán (1857-1917)*, México, CNCA, 1995.
- MOLINA SOLÍS, Juan Francisco, *Historia de Yucatán desde la independencia de España hasta la época actual*, 2 v., Mérida, Yucatán, s.p.i., 1921-1927.
- PAOLI BOLIO, Francisco y Enrique Montalvo Ortega, *El socialismo olvidado de Yucatán*, México, Siglo XXI, 1977.
- PAOLI BOLIO, Francisco, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano*, México, Ediciones Era, 1984.
- PATCH, Robert, “Descolonización, el problema agrario y los orígenes de la guerra de castas, 1812-1847”, en Othón Baños Ramírez (ed.), *Sociedad, estructura agraria y Estado en Yucatán*, Mérida, Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán, 1990.

- PEÑA, Guillermo de la, “Los estudios regionales y la antropología social en México”, en Pedro Pérez Herrero (comp.), *Región e historia en México (1700-1850)*, México, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, 1991.
- RAMÍREZ CARRILLO, Luis A., *Secretos de familia. Libaneses y elites empresariales en Yucatán*, México, CNCA, 1994.
- SABIDO MÉNDEZ, Arcadio, *Los hombres del poder. Monopolios, oligarquía y riqueza en Yucatán, 1880-1990*, Mérida, Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán, 1995.
- SIERRA O'REILLY, Justo, *Los indios de Yucatán*, 2 v., Mérida, Yucatán, 1954.
- ZULETA MIRANDA, María Cecilia, “El federalismo en Yucatán: política y militarización (1840-1846)”, en *Secuencia*, México, Instituto Mora, n. 31, ene.-abr. de 1995.

